



LA IZQUIERDA COMUNISTA REVOLUCIONARIA EN ESPAÑA (1964-1992)

José M. ROCA

Exponer en pocas páginas un estudio sobre el pequeño universo formado por las organizaciones revolucionarias comunistas surgidas en España desde mediados de los años sesenta a finales de los setenta, plantea algunas dificultades. La primera de éstas que, por otra parte, no son nuevas, surge al tratar de señalar las fronteras de este impreciso universo. ¿Dónde empieza y dónde acaba la izquierda revolucionaria? ¿Cuáles son los rasgos políticos y organizativos que permiten determinar si una formación es o no revolucionaria? A la hora de establecer dicho perfil, ¿debe respetarse la definición que cada organización hace de sí misma o debemos establecer unos criterios más objetivos antes de considerarla revolucionaria? En todo caso, ¿en qué deben fundarse tales criterios?

La segunda dificultad reside en encontrar los pertrechos teóricos adecuados para delimitar la entidad de estas organizaciones, de las

cuales existen pocos estudios de tipo sociológico. Siendo, desde sus comienzos y hasta bastante avanzada su andadura, secretas su composición, estructura orgánica y grado de implantación social, los principales obstáculos para este tipo de estudios son la falta de información codificada dentro de las propias organizaciones y la dispersión de las fuentes. Debe decirse que los resultados electorales ofrecen, en alguna medida, datos fiables, pero no definitivos, para evaluar la entidad de algunos de los grupos de este espectro.

La tercera dificultad hace referencia al orden temporal. Brota del intento de delimitar la trayectoria de estas organizaciones en el tiempo, separándola de la maraña de acontecimientos coetáneos. En este sentido, ¿cuándo debemos situar su origen?, ¿cuándo hay que dar un corte en el tiempo para separar lo que era un periodo de incubación de ideas y sensibilidades de lo que es un periodo de emergencia de nuevas fuerzas políticas? ¿De qué manera debemos precisar el desarrollo de esas fuerzas nacientes y a través de qué acontecimientos? Y, finalmente, ¿con qué criterios podemos hablar de su ocaso, su extinción o su retorno a un periodo de latencia? Una dificultad añadida es consecuencia de los distintos contextos en los que la actividad de estos grupos puede ser contemplada. Por un lado, una gran parte del ideario de la izquierda revolucionaria responde a estímulos, problemas y debates internacionales, pero, por otro, sus acciones deben responder a la necesidad de cambiar la realidad en el plano local. Igualmente, si bien la mayoría de estas organizaciones comparte una serie de rasgos, no es menos cierto que se hallan adscritas a corrientes políticas y culturales muy diversas, con lo cual los agrupamientos taxonómicos no son fáciles de establecer.

Como es fácil de comprender, en estas pocas páginas no se puede responder a todos los interrogantes planteados. Solamente se ha intentado la modesta tarea de ofrecer a los lectores una primera aproximación, necesariamente descriptiva, a ese universo, a través de una tipología de las principales familias ideológicas —una especie de foto fija de la izquierda revolucionaria—, pero conservando, al mismo tiempo, los rasgos compartidos, los solapes políticos, las tradiciones comunes y las líneas maestras de su evolución.

Por otro lado, se ha mantenido la perspectiva diacrónica a través de una reconstrucción histórica, en la cual la trayectoria de las organizaciones que nos ocupan queda señalada por cinco etapas, separadas por acontecimientos que actúan a modo de hitos dentro de la trayectoria general del país. En dicha reconstrucción se han tenido en cuenta aquellos eventos que han producido efectos simultáneos en ámbitos distintos, así como ciertos caracteres sociológicos que han experimentado poca variación a lo largo del tiempo. De esta manera, se estima que quedan mejor perfiladas las causas del nacimiento de esta corriente política, los retos a los que se enfrentaba y los límites que enmarcaron su existencia. En este sentido, la expresión *se ha intentado*

no es un recurso retórico ni un ejercicio de falsa modestia, sino la expresión más adecuada al carácter de tentativa de este escrito.

1. Introducción

Aun con el riesgo de decir una obviedad, es preciso indicar que el surgimiento en el Estado español de una nueva generación de revolucionarios obedece a dos razones que parecen evidentes: la primera es que quienes se presentan como tales juzgan necesaria una revolución; la segunda, es que no juzgan capaces de impulsarla ni de dirigirla a las fuerzas políticas existentes.

Al igual que en el resto de Europa occidental, la izquierda radical surge en España como una doble reacción contra el capitalismo como sistema económico y social —y en particular contra su expresión política: el régimen franquista— y contra la burocratización de su adversario, el comunismo. Ante la inanidad revolucionaria del Partido Comunista de España (PCE), que hegemoniza la oposición al régimen de Franco, todos y cada uno de los grupos que forman la extrema izquierda nacen para ofrecer un programa revolucionario a los trabajadores. Su gran reto residirá en concretar esos programas y en hacerlos verosímiles a las masas trabajadoras. Es decir, que en origen, el problema que estas organizaciones se plantean está en vincular un programa para transformar la sociedad revolucionariamente, elaborado por una vanguardia intelectual, con los agentes sociales que deben realizar dicha transformación.

Este planteamiento parte del supuesto de que si la clase obrera encuentra dificultades para cumplir con su papel de fuerza motriz y dirigente del proceso revolucionario, se debe a que, en el mejor de los casos, está influida por el reformismo del Partido Comunista de España y de su filial catalana, el Partido Socialista Unificado de Cataluña (1) y, en el peor, alienada por la ideología dominante en la sociedad. En esta coyuntura, la izquierda revolucionaria asume la prometeica tarea de llevar la luz de la revolución a las masas obreras para que puedan cumplir su destino, según predicciones del materialismo histórico (2).

Al igual que su homónima europea, la izquierda radical española surge como respuesta a una situación en la que los males del mundo

(1) Para dar más agilidad al texto, en lugar de los nombres completos de los partidos, a veces emplearé las siglas, que tienen su explicación en el apéndice:

(2) No voy a entrar a discutir si tal fatalismo se encuentra ya en el pensamiento de los fundadores del marxismo, porque es irrelevante, dado el escaso conocimiento que de ellos se tenía en la izquierda radical en los momentos fundacionales. Lo relevante, en lo que se han educado miles de militantes, ha sido lo que han afirmado los manuales y la prensa de partido; el marxismo mediatizado —vulgarizado— y asimilado por cada organización.

parecen haber alcanzado un nivel intolerable para amplias capas de la población de varios continentes. Las guerras por la descolonización de África y los movimientos guerrilleros de América Latina, junto a la guerra del Vietnam, se interpretan como expresión de la fase más aguda de un vasto proceso de liberación a escala planetaria, al que no pueden escapar ni los propios países desarrollados. El malestar que se venía manifestando a través de movimientos de 'contestación' cultural (*kabuters, provos, situacionistas, hippies, beatniks*), académica y religiosa (la lectura en clave progresista del Concilio Vaticano II; curas obreros y guerrilleros) junto con la demanda de derechos sindicales de los 'chicanos', la revuelta de los guetos negros y la colectiva reclamación de derechos civiles en el corazón del imperio, así como el rechazo a la intervención militar norteamericana en Vietnam, tanto dentro como fuera de EE.UU., se interpretan como síntomas de la descomposición en el interior del bloque occidental del orden surgido tras la Segunda Guerra Mundial. En la quiebra de ese orden la juventud juega un destacado papel tanto en las sociedades del Este, como del Oeste, como del lejano oriente. La revuelta estudiantil en Berkeley, en París, en Roma, en Berlín y la participación juvenil en el 'otoño caliente' italiano se ven como una continuación de la primavera de Praga, del activismo de los guardias rojos chinos y del violento sentimiento antinorteamericano de los estudiantes japoneses. El equilibrio asentado en el reparto del mundo en dos áreas de influencia surgido de la conferencia de Yalta, se ve amenazado desde dentro de cada bloque por el empuje de unos movimientos que parecen asumir símbolos del bloque contrario. A los ojos juveniles todo parece indicar que se prepara una nueva —y tal vez definitiva— oleada revolucionaria, ante la cual no existe más salida que sumarse u oponerse a ella. Es un nuevo mundo el que llama a la puerta y no caben, por lo tanto, compromisos con el viejo. No más componendas, no más contemplaciones, no más pactos; no más coexistencia pacífica que sanciona situaciones injustas. Ha llegado el momento de cambiar el mundo; de destruir el orden existente y levantar otro más justo.

En este clima emocional, la izquierda radical española, como un agente local de la revolución, siente subjetivamente que forma parte de un proceso de regeneración y cambio a nivel mundial, que en España pasa necesariamente por derrocar al régimen de Franco. Una vez dado este breve apunte sobre el ambiente emocional en que surge la extrema izquierda, vamos a definir su perfil y a señalar las afinidades y diferencias entre los grupos que la componen.

2. Aproximación sociológica

El variado conjunto de organizaciones que componen la izquierda revolucionaria guarda, por encima de sus diferencias, una serie de rasgos comunes que permiten considerarlo como una colectividad con en-

tividad propia, a la que se podría denominar extrema izquierda sociológica. Por extrema izquierda sociológica podemos entender un agregado de organizaciones de diferente entidad, formadas por gente muy joven proveniente de ámbitos estudiantiles y obreros del medio industrial y urbano, que comparte un proyecto generacional; es decir, una posición común ante la sociedad adulta, que es el rechazo, y una manera de insertarse en ella, que es hacerlo colectivamente y para transformarla en profundidad. Dicha transformación, que tiene como fin construir el comunismo, comienza con una toma de conciencia a la que sigue una rebelión colectiva que desemboca en una revolución, con la cual se abre una etapa decisiva para abolir la explotación del hombre por el hombre. Como generación, esta extrema izquierda sociológica, al igual que ocurre en Europa, reacciona contra los presupuestos de su «padre político» —el PCE— y busca sus bases doctrinales en el discurso de sus «abuelos políticos» —Lenin, Trotski, Stalin o Rosa Luxemburgo—, mezclándolo con el de sus «antepasados» (Marx y Engels) y con el que ofrecen figuras de su propio tiempo (Mao Ze Dong, Lumumba, 'Ché' Guevara, Camilo Torres, Ho Chi Minh, Malcolm X).

Igualmente, como generación se solidariza con la actitud de los jóvenes radicales de París, de Berlín, de Praga, de Pekín o de Berkeley, porque interpreta que la revolución cultural, el mayo francés, el otoño italiano, la oposición a la guerra de Vietnam, la revuelta negra y la guerrilla de Africa y América Latina son parte de un mismo proceso de liberación, al que la juventud presta sus mejores fuerzas. Así debe entenderse que la extrema izquierda se presenta como el relevo político de la generación anterior, a la que estima demasiado acomodada al orden establecido e incapaz de asumir la dirección de las fuerzas sociales que demandan cambios rápidos y profundos en el mundo.

Socialmente, la izquierda revolucionaria aparece en el seno de tres movimientos —obrero, estudiantil y nacionalista—, representados políticamente por el PCE —movimiento obrero y estudiantil—, por las organizaciones católicas HOAC, JOC y AST —movimiento obrero—, por las organizaciones del FLP-FOC-ESBA —estudiantil, nacionalista y alguna incidencia en el obrero— y por ETA —nacionalista.

Cultural e ideológicamente, la extrema izquierda es tributaria de tres grandes corrientes —marxismo, catolicismo y nacionalismo— aunque se debe advertir que es frecuente hallar la influencia de dos o más corrientes en la misma organización. Marxismo y catolicismo; marxismo y nacionalismo son hibridaciones frecuentes, aunque pueden aparecer mezcladas las tres corrientes, como es el caso de algunas organizaciones nacionalistas. Conviene señalar que no todos los influjos son permanentes, aunque algunos imprimen carácter, y que dentro de cada corriente coexisten numerosas subcorrientes pugnando entre sí, que dan al conjunto movilidad ideológica dentro de ciertos parámetros, como también veremos.

3. Corrientes políticas

Esta extrema izquierda sociológica se encuentra representada por un nutrido grupo de organizaciones que, por medio de un amplio muestrario de programas políticos, reproduce en su interior las divisiones del movimiento comunista internacional. Así, hay formaciones adscritas a corrientes ya consagradas, tanto en su versión ortodoxa — el comunismo soviético en su formulación estaliniana—, como heterodoxa —trotskismo—, como a nuevas corrientes, promovidas, las unas, por las polémicas en el seno del comunismo internacional —debate chino-soviético y, en menor medida, debate chino-albanés—, y las otras, por el auge de los movimientos guerrilleros del Tercer Mundo (castrismo).

Sobre la base de declararse revolucionarias y comunistas como principales señas de su identidad, las organizaciones de la extrema izquierda pueden agruparse en las siguientes familias:

3.1. Comunistas (prosoviéticos)

Forman el sector más moderado y más ortodoxo de la izquierda radical, pues conservan en gran medida los presupuestos políticos del PCE, del que proceden y que siempre será su referencia. Inicialmente no constituyen un partido, sino una serie de grupos coordinados por la crítica al PCE, del que se consideran su ala revolucionaria y al que pretenden apartar del camino reformista, que más tarde hallará su más completa formulación en el llamado eurocomunismo.

Nominalmente se consideran comunistas y, por su incondicional defensa de lo que denominan 'el campo socialista', también son llamados prosoviéticos. Lo cierto es que se mantienen fieles a casi todos los dogmas del legado estaliniano. Como alternativa al franquismo postulan un sistema democrático, basado en una alianza de clases sobre un programa antioligárquico y antimonopolista, aunque a largo plazo su objetivo es el comunismo. El grupo principal, Oposición de Izquierda (OPI), nace en 1973; en 1977 se transforma en Partido Comunista de los Trabajadores (PCT) y, en 1980, se une con otro grupo menor —el PCE (VIIIº y IXº Congreso) para dar lugar al Partido Comunista de España Unificado (PCEU). En 1984, éste, junto con el Partido de los Comunistas de Cataluña y un sector del PCE dirigido por Ignacio Gallego, forma el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) (3), aunque el propio Gallego y una parte importante del PCPE regre-

(3) Un resumen de su trayectoria hasta 1990 puede verse en el capítulo de J. M. Roca «Spain», de la obra compilada por Roger East *Communist and marxist parties of the world*, Longman Group, Essex, 1990, 2nd. ed. y St. James, Chicago, 1990, pp. 135-150.

3.2. *Trotsquistas*

Se definen como marxistas revolucionarios —aunque hay otros grupos que se definen así sin ser trotsquistas— y tiene por denominador común la adscripción —con diversos grados de dogmatismo (4)— al pensamiento de Trotski, en particular a su teoría de la revolución permanente, y una vocación internacionalista muy marcada, si bien existen discrepancias en este terreno que se expresan en la vinculación a las diferentes tendencias de la IV Internacional (5).

Otro de los rasgos comunes, aunque no es privativo de esta ‘familia’, es la defensa de los consejos obreros como modelo de organización autónoma de los trabajadores y base de su futuro poder político. Todos los partidos profesan, en diversos grados, la creencia de hallarse en los preliminares de una revolución mundial y, en España, ante una ofensiva del movimiento obrero y popular que acabará derribando al franquismo (fascismo, según su análisis). Este dictamen sobre la ofensiva popular se mantiene hasta casi el fin de los años setenta.

Finalmente, todos los grupos trotsquistas pretenden construir un partido revolucionario (que funciona según las prescripciones del centralismo democrático pero con derecho a tendencias) en el Estado español, afiliado a la IV^a I, y todos comparten la pretensión de ser el embrión del mismo. La mayor parte tiene su origen en el grupo editor de la revista *Comunismo*, surgido en 1969 dentro del Frente de Liberación Popular (FLP) (6), que luego daría lugar a dos corrientes: una mayoritaria, que en 1971 forma la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), y otra que forma la Organización Trotsquista (OT), que luego será el embrión del Partido Obrero Revolucionario de España (PORE).

(4) Una moderna crítica al trotsquismo como dogmatismo atemporal puede encontrarse en la obra de Kostas Mavrakis, *Sobre el trotsquismo*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1974. Los lectores de *Zona Abierta* pueden remitirse al artículo de F. Martínez Marzoa «¿A dónde va el trotsquismo?», 22, 1979.

(5) La LCR estaba vinculada al Secretariado Unificado de la IV Internacional; LC, a su tendencia minoritaria, encabezada por el SWP (Socialist Worker Party) de EE.UU. El POSI, adscrito a la tendencia lambertista, y el PST, a la Liga Internacional de Trabajadores (o sector ‘morenista’). El PORE postulaba la reconstrucción de la IV Internacional a través de la Liga Internacional para la Reconstrucción de la IV 1^a I (LIRCI).

(6) El FLP —‘Felipe’— (1959-1969) es la primera organización creada en el interior después de la guerra civil. Sus análisis políticos son los primeros que parten de los cambios generados por el desarrollo industrial promovido por el franquismo. Entre el escaso material publicado recientemente sobre el FLP pueden consultarse los artículos de Manuel Garí —«Fulgor y muerte del ‘Felipe’», *El País*, 26, abril, 1984, p. 18—, y de Jesús Ibáñez —«Felipe, o la memoria secuestrada», *Liberación*, 9, octubre, 1984, p. 11.

LCR en 1973 tiene una fracción —la Liga Comunista (LC)— que a su vez sufrirá dos escisiones: la primera, en 1976, la Liga Socialista Revolucionaria (LSR) que, por poco tiempo, retorna a LCR y en 1979 forma el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), y la segunda en 1977, la Organización Cuarta Internacional (OCI), convertida luego en Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI). Aunque los datos son incompletos y a menudo contradictorios, entre las organizaciones de esta familia política la más importante es LCR, que llega a tener sedes en 14 provincias y 6.000 militantes. Desde noviembre de 1991, LCR se encuentra unificada con el Movimiento Comunista formando Izquierda Alternativa, organización cuyas señas de identidad se encuentran poco perfiladas.

3.3. *Marxistas-leninistas*

También es una definición aproximada, pues amparadas tras esta etiqueta coexisten diversas corrientes que comparten los rasgos siguientes:

- En sus programas se definen marxistas leninistas.
- Defienden un modelo de organización basado en el centralismo democrático —en versión leninista o maoísta—, que sea la vanguardia de la clase obrera y/o del pueblo.
- Todos los grupos aspiran a tener una participación destacada en la construcción de tal partido, pero mientras unos esperan que se constituya por la confluencia de diversos programas, otros, que se autoproclaman *el Partido*, defienden que el resto de los grupos acepte íntegramente su programa.
- Se declaran tributarios de los postulados de la Internacional Comunista, en particular de las resoluciones del II Congreso sobre los estatutos y condiciones de admisión en la IC y sobre el papel de los partidos comunistas, y algunas organizaciones especialmente de su VII Congreso, del que conservan su definición del fascismo como modelo sociopolítico para caracterizar al régimen franquista, así como la táctica de frentes interclasistas para combatirlo.
- Admiten, en grado variable, las influencias teóricas y políticas derivadas de procesos revolucionarios contemporáneos y, en especial de la obra de Mao Ze Dong y de la revolución en China.

Las principales corrientes son:

Maoístas

Bajo este epígrafe se encuentran numerosas organizaciones que reconocen explícitamente la influencia del pensamiento de Mao Ze

Dong en su línea política, aunque debe indicarse que hay seguidores del espíritu que emana de la obra de Mao y devotos de su letra. Al igual que ha sucedido con la obra de Trotski, la de Mao ha sido devorada con pocas precauciones, lo cual ha producido indigestiones notorias entre sus más incondicionales degustadores, quienes han pasado, sin transición, del atracón al asco. En este sentido, sólo estimamos oportuno agrupar en este epígrafe a los grupos dogmáticos del maoísmo.

Los maoístas no proceden de un tronco —político o cultural— común, ni tampoco han tendido a unificarse en un gran partido maoísta —ha habido intentos parciales, pero no con ese criterio (ORT y PTE)—, pues, a semejanza de lo que sucedía entre los trotskistas, las relaciones entre ellos están inducidas por el espíritu de secta. Como rasgo común tienen el trasplante al Estado español del modelo de revolución democrático-popular de China con adaptaciones más o menos groseras. En los programas de los grupos más dogmáticos (PCE (m-l), ORT, OMLE) se sustituyen mecánicamente los agentes sociales del modelo chino por los que se juzgan sus homólogos en la situación española y, en los de los menos (MC, OCE (BR), PTE) queda el regusto de un contenido populista que tarda en perderse. Teniendo esto en cuenta, se podría intentar una nueva clasificación de la izquierda revolucionaria según el carácter atribuido a la revolución pendiente, pero, por el momento, no vamos a enredarnos en nuevos criterios taxonómicos. Otro rasgo común es que en la polémica entre el PCUS y el PC de China, están a favor del segundo, aunque varios de estos grupos incurren en la paradoja de compartir una simultánea admiración por Stalin y por Mao Ze Dong.

El primer grupo maoísta consolidado —que surge del PCE con esa finalidad dogmática en 1964— es el PCE (m-l), aunque en 1976 rompe con el maoísmo y encuentra un nuevo modelo en el Partido del Trabajo de Albania. Otra organización dogmática es la católica ORT, que, debido a la influencia de un grupo de militantes provenientes del PCE (m-l), abraza el credo maoísta. No sólo por el contenido de su alternativa política, calcada de los análisis de Mao sobre China, sino por las formas (por su propaganda, por el culto a su secretario general, José Sanroma, idealizado en los textos y cuya fotografía es reproducida con el mismo estilo que la de Mao; por el nombre de su organización juvenil —Unión de Juventudes Maoístas— la ORT puede colocarse entre los grupos más dogmáticos, pero, por su origen (7), es el más insertado en la clase obrera y, además, el más numeroso —18.000

(7) La ORT tiene su origen en Acción Sindical de Trabajadores, surgida el año 1963 en el seno de la VOJ (Vanguardia Obrera Juvenil), organización creada por los jesuitas, a imitación de la Juventud Obrera Católica y de la Hermandad Obrera de Acción Católica, para buscar una alternativa al sindicato vertical.

militantes después de su fusión con el PTE, aunque esta cifra no es del todo fiable, repartidos por las principales ciudades y zonas industriales del país—.

Otros grupos de neta influencia maoísta son el MC hasta 1976 y la OMLE, luego PCE (r), cuyo oportunismo le conduce más tarde a simpatizar con el equipo de Huo Kuo Feng, con el cual comienza, precisamente, el proceso de desmaoización en China. La OCE (BR) también es tributaria, entre otras, de la influencia china, cuyas posiciones en política internacional —la teoría de los tres mundos— asume íntegramente.

Marxistas leninistas (en sentido estricto)

Tampoco el epígrafe de los marxistas leninistas propiamente dichos es homogéneo, pues caben en él desde partidos como Unión do Pobo Galego (UPG) después de la fracción maoísta de 1973, el Partido del Trabajo de España (PTE), cuyo oportunismo le lleva, en poco tiempo, del izquierdismo más doctrinario a lindar con la socialdemocracia, hasta el reducido grupo esencialista Octubre, pasando por el MC, cuyo eclecticismo le ha permitido sobrevivir a casi todos los demás.

Si respetáramos la definición que hace cada partido de sí mismo, en este epígrafe deberíamos incluir también a la OCE Bandera Roja, a la ORT y a OIC (Organización de Izquierda Comunista), sin embargo esta inclusión ofrece más dudas que aclaraciones. En primer lugar, porque la autodefinition a veces dice poco sobre la organización auto-definida. Por poner dos ejemplos, el PCE (m-l) y la ORT más que tributarios de Lenin son tributarios de Mao, por eso los hemos colocado entre los grupos maoístas. En segundo lugar, si no se expurga un poco este apartado, podría quedar convertido en un cajón de sastre que explicara muy poco al lector no iniciado. En el caso de la OIC, de mantener su ubicación entre los marxistas leninistas, no respetaríamos uno de los rasgos con que hemos caracterizado al grupo: ser un partido regido por el centralismo democrático (8).

Parecidas dudas surgen en el caso de la OCE (BR), que es otro grupo difícil de ubicar en el espectro político. Si por un lado recibe

(8) En realidad lo difícil es ubicar a OIC en algún tipo de clasificación, pues este grupo se caracteriza por su ambigüedad teórica, política y organizativa. Ha sido devoto de casi todos los clásicos comunistas (Lenin, Trotski, Mao y Rosa Luxemburgo). Ha postulado el partido centralizado y después los consejos obreros para evitar la burocracia partidaria; ha defendido el sindicato obrero único y luego la afiliación a CCOO; se ha autodenominado comunista, marxista revolucionario y marxista leninista. Por estas razones, hemos considerado que su mejor ubicación está en el grupo de los anarcomarxistas.

acríticamente el mito maoísta, por otro, un sector de la organización, más influido por el marxismo europeo y en particular por Gramsci, percibe el fin del régimen, al que no considera una camarilla aislada del resto de la sociedad, más como el resultado de un proceso de múltiples erosiones que como el de una ofensiva del movimiento obrero y popular. Por otro lado, este mismo sector —‘bandera blanca’—, muy influido por la evolución del PCI dirigido por Berlinguer y por el golpe militar que acaba con el gobierno de Allende en Chile, hace una interpretación en clave posibilista de la salida del régimen franquista y acaba regresando al PCE en 1974.

En realidad, la OCE (BR), pese a la influencia maoísta recibida, no acaba de alejarse de los postulados del PCE y del PSUC, al que todas sus fracciones, salvo una —el PC (UR)—, acaban por volver. De este apartado, las formaciones mayores son el PTE y el MC. El primero tiene su origen en el grupo Unidad, escisión del PSUC en 1967, que en ese mismo año se convierte en PCE (i) —Partido Comunista de España (internacional), denominación que cambia en 1975 por la de Partido del Trabajo de España (PTE) para poder adherirse a la Junta Democrática. Pronto se revela como un partido que desea desesperadamente representación electoral, pero queda sistemáticamente excluido del Parlamento, lo cual le lleva a unirse de forma apresurada con ORT, en 1979, para formar el Partido de los Trabajadores de España, pero la unificación de las dos mayores organizaciones de la extrema izquierda no basta para formar un sólido partido a la izquierda del PCE, puesto que sus fundamentos teóricos y políticos son enormemente débiles. Tras haber intentado, sin éxito, convertirse en un partido de corte radical abierto a los nuevos movimientos sociales, se deshace en 1980.

El Movimiento Comunista (MC) surge del grupo Komunistak, fracción de ETA en 1967, se convierte en Movimiento Comunista de Euskadi y, luego, por fusión con otros grupos, en Movimiento Comunista de España y finalmente en Movimiento Comunista. Inicialmente influido por la obra de Mao, deja de considerarse maoísta en 1976, aunque conserva rastros de populismo que cuadran bien con la utilización que hace —al igual que la mayoría de los grupos marxistas leninistas— de las tesis de Dimitrov sobre el fascismo para caracterizar al régimen de Franco. El MC llega a extenderse por casi todas las regiones, aunque con implantación desigual. Michel Busse (9) le atribuye 5.000 militantes a principios de los años ochenta y, aunque actualmente ha perdido la mayor parte de la influencia de antaño, es de las pocas organizaciones revolucionarias que han logrado sobrevivir a la instauración del régimen parlamentario. En 1991 se une con LCR, para formar Izquierda Alternativa.

(9) Michel Busse, *La nueva democracia española*, Unión, Madrid, 1984.

Debe mencionarse a Octubre, grupo reducido —sedes en ocho provincias— al que cabría calificar como ‘esencialista’ por su intransigencia (10), que en algunos aspectos ofrece cierta originalidad en su línea política. En su análisis de la formación social española, considera un error calificar de fascista al régimen de Franco, al que considera una dictadura terrorista de la burguesía. Igualmente, rechaza la alternativa revolucionaria democrático-popular y las fundadas en alianzas interclasistas de tipo antimonopolista, derivadas, respectivamente, de la interpretación dogmática de la obra de Mao Ze Dong y de los postulados del VII Congreso de la III Internacional.

3.4. Anarcomarxistas

Este epígrafe agrupa a un conjunto de grupos, llamados también consejistas o sindicalistas, que doctrinalmente oscilan entre el partido y las organizaciones autónomas de clase. Se definen como revolucionarios y comunistas y, aunque defienden la necesidad de un partido político basado en tales principios, mantienen grandes reservas sobre sus órganos ejecutivos y sobre su relación con el proletariado. Según su interpretación, la función del partido es ayudar a los trabajadores a emanciparse, por lo tanto su papel está en proponer, sugerir a la clase, que es la que, por medio de sus organizaciones autónomas, debe decidir. De ahí que, junto con el partido, hay que promover la organización autónoma de los trabajadores y fomentar las formas peculiares de expresarla (democracia directa). Su gran preocupación está en evitar y combatir el burocratismo, lo cual no logra evitar que, pese a tantas prevenciones, algunos de estos grupos generen estructuras burocráticas. Critican la degeneración burocrática de la URSS, así como la afiliación pasiva a los grandes sindicatos, frente a los cuales oponen formas de organización espontáneas surgidas de la lucha obrera y popular (asambleas, comités de delegados revocables, grupos de trabajo específicos, rotación de cargos). Algunos grupos postulan la unidad de las asociaciones sindicales por medio de un congreso constituyente.

La variedad de identidades es aún mayor que en los apartados anteriores, pues comprende desde organizaciones centralizadas con estructura de partido, como Acción Comunista y OIC, hasta una constelación de grupos, plataformas y comités de tipo asambleario. Los más importantes, aparte de los ya citados, son Lucha Obrera, Germanía Socialista, Liberación, Información Obreira, Lucha de Clases y Unión Comunista de Liberación (UCL), que con los dos primeros y otras or-

(10) Este grupo —ultrasectario, pero no ultradogmático— ha criticado las alianzas interclasistas que surgieron al final del franquismo, las instituciones representativas, las elecciones generales, autonómicas y municipales, los pactos sociales, la Constitución, la afiliación a los grandes sindicatos, así como las perspectivas revolucionarias a corto plazo.

ganizaciones forma, en 1977, el Movimiento de Liberación Comunista (MLC), que dura poco tiempo. En otoño de 1978, se celebra el Congreso de Unificación de AC, el POUM y el Colectivo de Unificación Marxista (una fracción de OIC), pero la unión tampoco es duradera. En realidad, de toda la extrema izquierda, los grupos de este apartado son los primeros que desaparecen.

3.5. *Nacionalistas*

Estos partidos comparten como rasgo fundamental el asumir en sus programas dos culturas políticas muy distintas. Por una parte, son tributarios de las contradictorias y no siempre bien aclaradas lecturas sobre el término nación —como expresión cultural (lengua, tradición), como etnia o como alianza de las clases subalternas— y, por otra, se encuentran bajo la influencia de los postulados sobre el internacionalismo y la lucha de clases ejercidos por diversas corrientes marxistas.

La aparente unidad de objetivos de la lucha por la liberación nacional y la lucha de clases —por ejemplo, un País Vasco o unos Países Catalanes independientes y socialistas— no ha podido evitar la decantación por una determinada prioridad —antes independiente que socialista, o viceversa— que ha alentado políticas muy distintas y hasta contradictorias cuando se ha debido optar por una táctica que favoreciera a un objetivo en detrimento del otro. La tensión entre los objetivos marcados por la lucha nacional y los marcados por la lucha de clases, agudizada por la imitación de modelos de liberación nacional propios del Tercer Mundo, ha sido un elemento determinante a lo largo de sus trayectorias, y causa de rupturas. En este sentido deben mencionarse las tensiones que, en 1971, en Unión do Pobo Galego dieron lugar a la expulsión del «ala españolista», o a la de la fracción maoísta, en 1973, la cual pretendía aplicar en Galicia los postulados de la revolución china. En ETA también han sido frecuentes las escisiones en el frente obrero (en 1967 Komunistak; en 1972, ETA VI Asamblea, la fracción trotsquista que luego se uniría a LCR; en 1974, LAIA), algunas de las cuales han dado lugar a partidos internacionalistas con un proyecto revolucionario para todo el Estado español.

Por otro lado, la importancia del factor nacional se ha reflejado en la gran autonomía de que gozan las secciones nacionales de algunos partidos revolucionarios de ámbito estatal.

Finalmente, mientras las fracciones partidarias de impulsar la lucha de clases han impulsado una política de acercamiento a las organizaciones obreras, los partidarios de dar prioridad a la lucha por la liberación nacional han creído encontrar su táctica esencial en el recurso a la violencia armada.

3.6. *Aventurerismo armado*

Todas las organizaciones de la izquierda revolucionaria, en el contexto de una ofensiva popular y obrera, admiten el uso de la violencia ante la resistencia armada de las clases dominantes; es decir, admiten la violencia en el marco de una lucha de masas. Sin embargo, existen partidos que, debido a una valoración errónea de la coyuntura política, creen que ha llegado el momento de tal ofensiva o pretenden acelerarla mediante una aplicación mecánica del *foquismo* (11).

En ausencia de las condiciones que justifican éste, estimamos que el nombre más adecuado para denominar la táctica de los grupos que, en España, practican (o han practicado) la violencia armada, es el de *aventurerismo armado*. Entendemos, por tanto, que el terrorismo, como capacidad para sembrar el terror entre las clases dominantes o entre las subalternas, supone un salto cualitativo que no todos los grupos armados desean o pueden dar.

Por otro lado, debemos señalar que el uso de las armas es sólo una forma de aplicar un programa político —una táctica— y que, siendo fieles a este criterio taxonómico, deberíamos colocarla junto a las tácticas empleadas por el resto de los partidos. Sin embargo, sea cual sea la autoubicación de estos grupos en el espectro político, lo cierto es que la táctica de las armas se va convirtiendo con el tiempo en una estrategia; de ser un medio se convierte en un fin y viene a mostrar que el fin no sólo no justifica los medios, sino que son los medios los que, a la larga, justifican (y determinan) el fin. Por ello aparecen en un apartado propio organizaciones que podrían caer, desde el punto de vista doctrinal, en alguno de los epígrafes precedentes.

La primera distinción que debe hacerse entre estas organizaciones atiende a los fines. Para ETA, PSAN, su sucesora Terra Lliure, y el Ejército Guerrillero do Pobo Galego— las actividades armadas sirven a un proceso de liberación nacional; para el Frente Revolucionario Antifascista Patriótico (FRAP) y los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) sirve a la liberación de las clases

(11) El mensaje central de la teoría del foco o 'foquismo', extraída por Ernesto 'Ché' Guevara de la experiencia de la revolución cubana, dice: «No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas», E. 'Ché' Guevara, «La guerra de guerrillas», *Obra revolucionaria*, Era, México, 1967, 3ª ed. 1969, p. 27. Pero con frecuencia se olvidan otras reflexiones del 'Ché' —«la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas» («Guerra de guerrillas: un método», *ibíd.*, p. 551)— sobre el carácter de destacamento del foco con respecto a la clase o al pueblo. La teoría del foco, vulgarizada y difundida más tarde por Régis Debray en su ensayo «¿Revolución en la revolución?», *Ensayos sobre América latina*, Era, México, 1969, alentó la natural impaciencia de los grupos revolucionarios de todo el mundo y en España ejerció notable influencia sobre ETA.

subalternas; es decir, forma parte de una (hipotética) ofensiva obrera y popular. Ambos fines no tienen por qué ser incompatibles; sin embargo, sobre la práctica se ha visto que no son fácilmente conciliables.

La segunda distinción atiende al ámbito. Para aquellos grupos que propugnan la liberación nacional, el marco preferente para actuar es —en principio— el territorio histórico reivindicado; para los que postulan la liberación de clase, todo el territorio del Estado, aunque los objetivos de la acción armada —instituciones o personas del Estado central, como instrumentos de la opresión nacional o popular—, puedan coincidir. En el caso de ETA, el hecho de salir del territorio histórico como marco operativo de la actividad armada y borrar la distinción entre Estado y sociedad civil y entre las fuerzas de seguridad del Estado (opresor) y los simples ciudadanos, a la hora de señalar los objetivos de sus acciones, marca el salto cualitativo desde el aventurerismo armado al terrorismo. Con ello, la actividad de ETA, por un lado, se aleja espacialmente de la nación oprimida, y por otro, al ampliar el enemigo, que ya no es sólo el Estado y sus cuerpos de seguridad, sino que es toda la población ‘española’ la que se ha vuelto ‘opresora’ del pueblo euskaldún, asume los criterios que guían la guerra total.

4. Evolución y etapas de desarrollo

Debiendo advertir que todo intento de establecer periodos es arbitrario y que depende en gran medida de los objetivos de cada investigador, me atrevo a fijar cinco grandes etapas, basadas en una serie de características y separadas por hitos que sirvan de elementos diferenciadores entre ellas.

- 1ª. 1964-1970. Etapa de gestación.
- 2ª. 1970-1975. Etapa de consolidación.
- 3ª. 1975-1979. Etapa de auge.
- 4ª. 1979-1982. Etapa de declive.
- 5ª. 1982-1992. Etapa de desconcierto.

1ª etapa. 1964-1970. Gestación.

Comprende desde la formación de los primeros grupos marxistas leninistas en 1964, hasta la disolución del FLP en 1970. Periodo en que la hegemonía del PCE es indiscutible en las filas del movimiento obrero, pero le es disputada en el movimiento estudiantil por el FLP-FOC-ESBA, que aporta a la nueva generación que se suma a la lucha antifranquista y anticapitalista el brío revolucionario del que carece el primero. No obstante, el FLP-FOC-ESBA por su inconsistencia en lo organizativo, que lo hace muy vulnerable a la persecución policíaca, y

su ambigüedad en lo político desaparece en 1970, atomizado en múltiples tendencias. Así, la etapa está definida por diferentes hitos. El primero es la agrupación, en 1964, de los grupos marxistas leninistas de orientación maoísta separados del PCE que forman el PCE (m-l), aunque más tarde aparecen otros adscritos a la misma tendencia. Con ello, las tensiones del movimiento comunista internacional y su polarización en torno al PCUS y al PCCH hallan su primer reflejo en el comunismo español. Unos años después, en 1968, la invasión de Checoslovaquia por tropas del Pacto de Varsovia, volverá a generar una nueva división en el PCE (el PCOE). También en 1964, un sector de disidentes del PCE crea en Galicia Unión do Pobo Galego (UPG), un partido de vocación marxista y nacionalista.

En esta etapa, dentro del movimiento nacionalista vasco, ETA rompe con su trayectoria precedente y emprende las primeras acciones armadas. 1970 es el año del proceso de Burgos, que es otro de los hitos de la etapa y que será un factor dinamizador de la lucha antifranquista, pero lo más importante es que desde 1964 se van a producir una serie de desgajamientos en los cuatro grandes grupos-madre (el PCE, las organizaciones católicas JOC, HOAC y AST, el FLP-FOC-ESBA y ETA) que son el origen político e ideológico de una nueva izquierda, que en tres movimientos sociales —estudiantil, obrero y nacionalista— y en tres corrientes culturales —marxismo, nacionalismo y cristianismo— encuentra su campo de acción y sus referentes simbólicos.

En 1967, del PSUC se escinde el grupo Unidad, del que saldrán el Partido Comunista de España (internacional), más adelante PTE, y en 1968, Bandera Roja. En 1968 surge la Federación de Comunistas (FECO); del FOC surgen, en 1965, Acción Comunista (AC) y en 1966 Lucha de Clases (LdeC).

En la agonía del FLP surgen los Círculos Obreros Comunistas (COC), que serán el germen de la OICE, y el grupo de la revista *Comunismo*, del que saldrán la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y otras formaciones trotskistas.

De ETA, la más importante de las rupturas es la de ETA-BERRI («Komunistak»), que más adelante será EMK (Movimiento Comunista de Euskadi) y luego Movimiento Comunista de España (MCE).

Por otro lado, en 1968 nace en Bélgica la Organización Marxista Leninista de España (OMLE), convertida unos años más tarde en Partido Comunista de España (reconstruido) o PCE (r).

Como resumen, puede decirse que, al igual que en otros países de Europa occidental, la extrema izquierda del Estado español aparece como una reacción simultánea contra la fosilización de los viejos par-

tidos comunistas y su colaboración con el *status quo* nacional e internacional y contra la alienación de la sociedad capitalista.

José M. Roca

No obstante, es preciso señalar dos diferencias notables con respecto a Europa. La primera es que la situación del PCE —en la clandestinidad— es muy distinta de la del PCF o el PCI, por lo cual gran parte de la crítica de la extrema izquierda se produce en el terreno de las ideas; a su programa político (reconciliación nacional, Pacto para la libertad, vía pacífica al socialismo), a su vinculación al PCUS, o a su práctica pasada en la II República y en la guerra civil. También en el terreno de la práctica presente (a su estilo burocrático de la dirección política, a la práctica sindical de CC.OO. y a los métodos de lucha conciliatorios y acuerdos con su afán por legitimarse ante la burguesía democrática).

La segunda diferencia es que, mientras en Europa occidental los partidos radicales critican la alienación de un capitalismo muy desarrollado, en España se critica una forma peculiar de sociedad capitalista, oscurecida por una máscara autoritaria —el régimen de Franco—, con lo cual, una parte de la crítica se queda en las formas (del mal denominado fascismo) y pierde de vista las relaciones sociales esenciales surgidas del desarrollo económico. De ello deriva una proliferación de programas que magnifican las contradicciones entre la pequeña y mediana burguesía, e incluso la burguesía nacional, con la gran burguesía (12) y postulan alianzas interclasistas en detrimento del robustecimiento de la clase obrera, que es la supuesta base social de las organizaciones revolucionarias y cuya liberación constituye, en teoría, su razón de ser.

2ª etapa. 1970-1975. Consolidación

Abarca desde la disolución del FLP hasta la muerte de Franco. A comienzos de los años setenta las principales corrientes políticas de la extrema izquierda ya se encuentran activas y en 1975 puede de-

(12) Es difícil hallar en las publicaciones de la extrema izquierda definiciones sociológicas de la burguesía (y de la pequeña y mediana burguesías) a pesar de la importancia que tiene en los programas políticos, definidos en relación con el enemigo de clase y con los potenciales aliados de la clase obrera. La burguesía, y especialmente la oligarquía, suele aparecer como la detentadora del poder político, como clase propietaria de los medios de producción, como clase explotadora del proletariado u opresora del pueblo, o como clase parásita, en particular, la oligarquía financiera y terrateniente. Aquellas organizaciones que consideran que España es un país de economía débil suelen asociar la burguesía y, sobre todo, la oligarquía —a la que se confiere un carácter poco nacional ('vendida')— con el imperialismo, que es otro término carente de definición. Véase, por ejemplo, «Falsificaciones teóricas en la caracterización del capitalismo español», *Documentos del II Congreso del PCE (m-l)*, junio 1977, pp. 35 y ss.

cirse que los fundamentos de las líneas políticas principales se encuentran perfilados. Aunque existen excepciones, los programas políticos de la extrema izquierda comparten, *grosso modo*, los siguientes rasgos:

a) Sobrevaloración de la capacidad de lucha del proletariado y de la juventud. La resistencia obrera se identifica con la lucha por objetivos revolucionarios —o al menos democráticos— en una etapa de ofensiva. El proletariado se considera el sujeto revolucionario, que cuando no está a la altura de las circunstancias es por la influencia del reformismo y del revisionismo (o estalinismo), representado sobre todo por el PCE y su filial catalana, el PSUC.

b) Debido a la aceptación dogmática de la obra táctica de Mao Ze Dong y/o las tesis de la III Internacional sobre el fascismo, se sobrevaloran las contradicciones de la pequeña y mediana burguesía —y aun de la burguesía nacional— con la gran burguesía y su aliado el imperialismo (EE.UU.) y se propugna la formación de frentes interclasistas dirigidos por la clase obrera.

c) Se infravalora la capacidad de maniobra del bloque de clases dominante, al que se considera vinculado únicamente al franquismo, régimen que se estima condenado a desaparecer, pues todo intento de introducir reformas que conduzcan hacia un sistema parlamentario será desbordado por la movilización de las clases populares.

d) Por lo tanto, se mantienen (infundadas) esperanzas de drásticos cambios sociales a corto plazo o, al menos, el advenimiento de la primera etapa —democrática, democrática avanzada o democrático popular, según los programas— de la revolución socialista.

En definitiva, la revolución española se presenta como una extraña mixtura en donde convergen ideas y aun programas calcados de otros procesos revolucionarios —algunos muy lejanos— con programas sobre las transformaciones locales. La revolución se concibe como una especie de segundo acto (con aditamentos exóticos) del proceso de movilización popular puesto en marcha durante la II República e interrumpido por la guerra civil, el cual se puede repetir, esta vez con éxito (caída del franquismo y la monarquía, proclamación de la república), a través de grandes movilizaciones obreras y populares (huelga general, gobierno provisional) que abran un periodo de democracia avanzada como antesala del socialismo.

A consecuencia de la ocupación de Checoslovaquia por tropas del Pacto de Varsovia en 1968 y de su condena por el PCE, nace, en 1970, el Partido Comunista Obrero de España (PCOE), el primero de los grupos de filiación prosoviética, al que seguirán el PCE VIII-IX Congresos en 1971 y la Oposición de Izquierda al PCE (OPI) en 1973.

En 1970, la católica Acción Sindical de Trabajadores (AST) se troca en la Organización Revolucionaria de Trabajadores, que abraza el maoísmo poco después. También en 1970 se forma Octubre (más tarde Unión de Marxistas Leninistas y UCCO); en 1971 se formalizan LCR y la Organización Trotskista (OT), embrión del PORE, y EMK sale de Euskadi y se convierte en MCE.

Los Círculos Obreros Comunistas forman la Organización de Izquierda Comunista de España (OICE) en 1974, año en que la fracción «bandera blanca» (13) de Bandera Roja retorna al PSUC.

Unión Comunista de Liberación (UCL), que nace en 1971, también tiene su origen en el FOC, a través del grupo ¿Qué hacer?, y por otra parte, en una fracción no maoísta (sindicalista) de ORT.

En el movimiento nacionalista vasco, ETA-VI Asamblea se desgaja en 1972 para vincularse a la LCR en 1973, año en que nace la Liga Obrera Comunista (LOC). En este año, una parte de FECO se une a MCE, al tiempo que la Liga Comunista se separa de la LCR. En 1974, también desde ETA, surge LAIA; se forma LAB, el sindicato abertzale, y se produce la separación entre ETA (m) y ETA (pm). Dos partidos socialistas y nacionalistas —EAS y HAS— se unen para formar EHAS (Partido Popular Socialista Vasco), que más tarde será HASI (Partido Vasco Socialista Revolucionario), uno de los grupos impulsores de Herri Batasuna.

En esta etapa se entabla el debate sobre el carácter de clase del Estado español, sobre la revolución pendiente, sobre la correlación de fuerzas, sobre la necesidad del partido —construcción o sólo reconstrucción— (14), sobre las organizaciones de masas, sobre la lucha armada, sobre las alianzas de clase, sobre el fascismo, sobre la crítica al revisionismo moderno, sobre Stalin, sobre la URSS, sobre China y la revolución cultural...

En este debate, la recién nacida izquierda revolucionaria reclama para sí la defensa de la causa de la revolución y el comunismo frente al PCE, que ha abandonado ambos objetivos, de tal manera que todo un periodo, que abarca una docena de años, quedará marcado por la explosión de una radicalidad política, en la que cada nuevo grupo

(13) Denominada «bandera blanca» o socialdemócrata, encabezada por J. Solé Tura, J. Borja, J. Maymó y A. C. Comín, que retorna al PCE-PSUC.

(14) Los «reconstructores» postulan una regeneración del PCE y el retorno al partido de corte estaliniano de José Díaz. Los «constructores», algunos debido a sus críticas a la actuación del PCE durante la II República y la guerra civil, se alejan de tal modelo y postulan la creación de un nuevo partido comunista, marxista y revolucionario, pero conservando los rasgos del partido leninista (centralismo democrático) o incorporando las aportaciones de Mao Ze Dong o de Rosa Luxemburgo.

afirma su vocación revolucionaria y su esencia comunista frente a todos los demás y, en particular, frente al «revisionista» PCE, considerado un agente de la burguesía en las filas de la clase trabajadora.

Así, la adscripción al comunismo, rasgo común a casi todos los grupos y organizaciones de la izquierda radical, en lugar de ser un factor aglutinante es un factor disgregador y una de las causas del acendrado sectarismo que preside las relaciones entre las organizaciones y al que no escapa ni el propio PCE, que pretende reservarse en exclusiva el marchamo comunista. El comunismo se convierte, así, en el denominador común de un variada gama de opciones políticas —trotsquismo, marxismo leninismo, consejismo, maoísmo— que compiten entre sí por alzarse con la legitimidad de la corriente en la que están inscritas y por la custodia de la verdadera interpretación del marxismo. En este múltiple debate, al que los trabajadores asisten indiferentes, la extrema izquierda, siguiendo una vieja tradición polemística que comienza con Marx y se exaspera con Lenin, asume lo que se podría llamar *cultura de la diferencia*, por la cual cada organización busca distinguirse de todas las demás y plasmar sus diferencias aun con las más afines. Se genera, así, una extrema izquierda sociológica, atomizada por una práctica sectaria y por un debate, por lo general muy crispado, en el cual cada organización pretende estar en posesión de la verdadera interpretación del profeta de su preferencia —Marx, Lenin, Rosa, Stalin, Mao o Trotski— y descalifica por herejía al resto de los partidos.

No obstante, esta extrema izquierda sociológica comparte muchas ideas, prácticas y principios, que pueden resumirse, no de forma exhaustiva, en estos rasgos: adopta el modelo de partido (partido guía, regido por el centralismo democrático) y de intervención en la sociedad propuesto por la III Internacional, rinde un culto inmoderado a alguno de los teóricos clásicos, posee una percepción libresca de la realidad, cree en una suerte de determinismo que podríamos denominar optimismo histórico y en el marxismo como ciencia de las ciencias, idealiza a la clase obrera, tiene una marcada vocación estatalista (estatismo), considera al partido el centro de la actividad social (partitolaría), a través de una lectura economicista de Marx profesa el productivismo, practica el sectarismo e impregna su praxis de revolucionarismo, aunque la profundidad de dichos rasgos tiene diversos grados, que cambian según los grupos y las corrientes, ofreciendo una variada gama de dogmatismos —de autor, de obra, del espíritu y de la letra, o de todos ellos a la vez— que polemizan entre sí.

3ª etapa. 1975-1979. Auge

Comprende desde la muerte de Franco (noviembre, 1975) hasta las primeras elecciones municipales (abril, 1979). El periodo se subdivide

en dos fases: una ascendente, hasta 1978, y otra descendente, en la que se apunta la tendencia dominante de la etapa siguiente.

El hito inicial de la etapa lo marca la muerte de Franco, un factor ajeno a la lucha de clases pero que afecta de manera determinante a la estrategia de todas las organizaciones políticas y de manera muy especial a la extrema izquierda, pues dada la falta de madurez política y hasta vital de los grupos revolucionarios, su escasa implantación social y su incapacidad para llevar la iniciativa en la lucha de clases o para convertirse, al menos, en una alternativa más cuando el régimen agoniza, no es aventurado pensar que Franco muere demasiado pronto para la izquierda radical. La desaparición del dictador rompe todas las expectativas y obliga a todas las fuerzas políticas a introducir cambios en sus programas y a tomar posición ante la nueva situación creada.

Los rápidos movimientos para orientar el rumbo del posfranquismo, realizados tanto desde el sector evolucionista del propio régimen, como desde la oposición democrática, obligan a las organizaciones revolucionarias a definirse respecto a unos pactos interclasistas (Junta Democrática, Plataforma de Convergencia, Taula de Forças Polítiques, Asamblea de Cataluña, etc.) sobre los cuales tienen escasa capacidad para influir, en el caso de participar en ellos. Por otro lado, su débil implantación —variable según los grupos, pero siempre escasa— en los movimientos obrero, estudiantil y vecinal —en los cuales la hegemonía del PCE es indiscutible—, tampoco permite intervenir, apoyándose en la movilización de las masas, ni sobre la composición ni sobre los objetivos de dichas plataformas. En esta coyuntura a la izquierda revolucionaria no le quedan más que dos caminos: o integrarse en las alianzas existentes y tratar de influir —con poca posibilidades— en sus decisiones, haciendo de contrapeso a las posiciones más moderadas, o bien intentar actuar directamente sobre los movimientos de masas, aprovechando la táctica del PCE de impulsar la movilización social, para lograr su reconocimiento como interlocutor. En ambos casos, la izquierda radical tiene un margen de maniobra muy escaso, dado que el PCE considera que mantener el control sobre el movimiento obrero y vecinal es la mejor baza para obtener la legitimidad de la oposición democrática.

Es la etapa de cristalización de la crisis económica y del proceso constituyente de la democracia, que somete a prueba los análisis sobre la correlación de fuerzas y revela la falta de fundamento de las expectativas sobre cambios revolucionarios a corto plazo. Dirime, igualmente, la discusión sobre el carácter fascista del régimen y sobre la pretendida incapacidad del bloque dominante para encontrar una salida a la situación de acuerdo con sus intereses. Es el momento del debate sobre las nuevas instituciones del Estado de derecho, sobre la función del Parlamento y los ayuntamientos, sobre el proyecto de Constitución y, también, sobre la crisis económica y sus consecuencias sobre los trabajadores.

Las posturas ante el naciente régimen son muy distintas. Unos grupos piensan en utilizar las instituciones para estimular desde ellas el movimiento de masas, otros estiman que lo principal es apoyar a las masas en sus reivindicaciones —son años de grandes movilizaciones sociales— y criticar a las nuevas instituciones como burguesas, en tanto que unos terceros se dejan seducir por ellas y adoptan diversas tácticas electoralistas, que se traducen en magros resultados en votos (15), salvo en el caso de HB, que en las elecciones generales de 1979 obtiene 3 escaños en el Congreso.

Por lo que respecta a las relaciones orgánicas, en esta etapa, pese a las rupturas, se percibe una clara orientación hacia el reagrupamiento. Como ya se ha indicado, se produce la conjunción de los grupos sindicalistas o anarcomarxistas —Unión Comunista de Liberación y Alemania Socialista se unen en 1977 con otras organizaciones menores para formar el Movimiento de Liberación Comunista (MLC), de corta vida, porque se disuelve a finales de 1978—. Lucha de Clases, Larga Marcha e Información Obreira se unen, en 1976, formando el Partido Comunista de Unificación, que se integra en 1977 en el PTE (nuevo nombre del PCE (i) desde 1975), que a su vez, en 1979, se unifica con ORT para formar el Partido de los Trabajadores de España, también de corta vida. El Partido Comunista (Unidad Roja), escisión de la OCE (BR), se une en 1978 con UML (antes Octubre); Acción Comunista y el Colectivo de Unificación Marxista (CUM) se unen en 1978 con el POUM, en tanto que OIC se integra en MC en 1979. La LCR recibe a una parte de la Liga Comunista (el resto forma el POSI) y a la Liga Socialista Revolucionaria (LSR), aunque por breve tiempo, porque ésta, en 1979, se escindirá para formar el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

Por lo que se refiere al nacionalismo vasco, en 1976 nace la Coordinadora Abertzale Sozialista (KAS) (16); en 1977 lo hace HASI y en 1978 se forma Herri Batasuna (HB) (17).

(15) Los dos rasgos que mejor podrían resumir la posición de la extrema izquierda ante el proceso electoral son debilidad y división.

Julio R. Aramberri en «Origen y evolución del sistema de partidos en la España democrática: un ensayo de interpretación», F. Claudín (ed.), *¿Crisis de los partidos políticos?*, Dédalo, Madrid, 1980, p. 100, con datos tomados de J. J. Linz, ofrece los siguientes resultados en las elecciones de junio de 1977:

—Frente Democrático de Izquierdas (PTE).....	1,46%
—Agrupación electoral de trabajadores (ORT).....	0,44%
—Frente por la Unidad de los Trabajadores (LCR, AC, OIC)	0,21%
—Otros.....	0,94%
Total extrema izquierda.....	3,05%

(16) Tiene su origen en una iniciativa de ETA (p-m) en 1975, apoyada por diversas organizaciones nacionalistas. Su creación oficial tuvo lugar en agosto de 1976 y tras la desaparición de ETA (p-m) fue apoyada por ETA (m) para promover el siguiente programa: a) amnistía para todos los presos políticos; b)

Entretanto, la OPI se ha transformado en Partido Comunista de los Trabajadores (PCT) y la OMLE, en 1975, en el PCE (r), que ese mismo año, por medio del GRAPO, inicia el camino de sus acciones armadas, en el que será acompañado, por poco tiempo, por el FRAP.

La tendencia hacia la reagrupación de estas fuerzas políticas no es todavía lo bastante fuerte como para contrarrestar el acendrado sectarismo, que se traslada, también, al terreno sindical. De esta manera, junto a los grandes sindicatos CCOO y UGT, vinculados al PCE y al PSOE, aparecen otros de orientación autónoma como la CNT, anarquista, y la USO, cristiana, o vinculados a organizaciones de la izquierda radical, como la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores (CSUT), dirigida por el PTE; el Sindicato Unitario, por la ORT, y otras organizaciones sindicales menores, como la Asociación Obrera Asambleísta (AOA) dirigida por el PCE (m-l) y Plataformas de Lucha Obrera (PLO) vinculadas a la Unión Comunista Comités Obreros (UCCO), aparte de las llamadas corrientes de izquierda dentro de los grandes sindicatos, vinculadas a MC y a LCR principalmente. En Euskadi, el sindicato LAB (Langileen Abertzalen Batzordeak) está impulsado por organizaciones nacionalistas radicales.

4ª etapa. 1979-1982. Declive

Abarca desde las elecciones municipales de abril de 1979 a las generales de octubre de 1982.

Desde el punto de vista social, esta etapa se caracteriza por la desaceleración de la actividad de los movimientos sociales. La consolidación del Estado de derecho ha conducido a muchos dirigentes obreros y vecinales a las instituciones y, por ende, ha debilitado a las asociaciones ciudadanas. También la remodelación del aparato productivo, con la fragmentación de grandes empresas y el desmantelamiento de sectores industriales enteros, ha restado capacidad de respuesta a las organizaciones obreras, al tiempo que al amparo de la reconversión industrial se han expulsado de las fábricas a los trabajadores más combativos.

legalización de todos los partidos políticos vascos; c) retirada de las fuerzas de orden público del País Vasco; d) reconocimiento de la lengua vasca como oficial en la región; e) autonomía para las provincias vascas, incluyendo Navarra, y reconocimiento del derecho a crear un País Vasco independiente que comprenda también al País Vasco francés.

(17) Herri Batasuna se forma en abril de 1978 por agrupación de pequeños partidos nacionalistas (HASI, ESB, LAIA, ANV, ASK y el grupo Askatasuna), cuyo ideario va desde el marxismo leninismo a la socialdemocracia. ETA (m) no es miembro, pero sus puntos de vista hasta ahora prevalecen. El programa político de HB es, en esencia, la defensa del programa de la KAS.

Por otro lado, la desmovilización de los trabajadores acentúa las tendencias burocráticas que venían manifestándose en los grandes sindicatos, en cuyas direcciones se ha ido consolidando una casta de *aparatchiks*. Las bases del proceso constituyente del nuevo sindicalismo —Pacto de la Moncloa, Estatuto de los Trabajadores, Ley Básica de Empleo—, que fomenta la negociación centralizada y la afiliación pasiva y margina a los comités de empresa en beneficio de las secciones y los mandos sindicales, junto con la suscripción de los sucesivos pactos sociales (Moncloa, AMI, ANE) contribuyen a desmovilizar a los trabajadores activos y a extender el desencanto entre la población asalariada.

Perdida la batalla por influir sobre las nuevas instituciones, la extrema izquierda va quedando en posiciones marginales o puramente testimoniales; en las organizaciones radicales desciende el esfuerzo militante, cunde el desánimo y desaparecen, en esta etapa y en la siguiente, grupos enteros y el resto pierde influencia, aunque se produce el reagrupamiento de los partidos «prosoviéticos» o leninistas, que, en 1980, confluyen en el Partido Comunista de España Unificado (PCEU). Todavía se producen algunas escisiones críticas (La Causa con respecto al PCE (m-l) o las que desde dentro del reunificado PTE se oponen al proyecto de convertirlo en un partido radical, pero deben inscribirse en ese ambiente general de retirada que impregna el periodo, clima que alcanza a uno de sus promotores principales, el PCE, que a partir de 1982 inicia una decadencia imparable. En esta etapa aparece en el horizonte intelectual de la extrema izquierda un nuevo problema: la crisis del marxismo, que hasta el momento se había mantenido fuera de sus perspectivas teóricas.

5ª etapa. 1982-1992. Desconcierto

El periodo comprende desde el triunfo electoral del PSOE en otoño de 1982 hasta 1992, en que la unificación de MC y LCR para fundar Izquierda Alternativa y otros eventos —entre los que cabe señalar el diálogo entre un sector del socialismo en el poder, el comunismo moderado y el radical— parecen indicar un punto de inflexión en la tendencia observada hasta el momento. Debe destacarse el hecho de que las orientaciones fundamentales de la etapa se acentúan a partir de marzo de 1986, en que el referéndum sobre la permanencia en la OTAN ofrece un resultado adverso para la extrema izquierda, partidaria de abandonar la Alianza. En esta época aumenta la debilidad política de estas fuerzas. La crisis, que parece no tener final, no llega sólo a los partidos, sino también a los movimientos, a la cultura tradicional de la izquierda, a las publicaciones de corte radical...

Los esfuerzos para superar la crisis económica, con la remodelación social que conlleva, traen consigo la emergencia de una pujante clase

media alta, formada sobre todo por profesionales y gestores, cuyo peculiar *ethos* —basado en el individualismo, el hedonismo y el culto al cuerpo, a la moda y al dinero—, difundido por los medios de comunicación, es ofrecido como un nuevo modelo de vida. El discurso dominante deslegitima, no ya propuestas de emancipación colectiva, sino cualquier intento de cambiar colectivamente la realidad social por modesto que éste sea. Las incipientes posturas solidarias y participativas surgidas en el posfranquismo se han sustituido, en el curso de pocos años, por la resignada aceptación de mayores cotas de marginalidad y por proyectos de integración individual en una sociedad en la que cada vez es más difícil integrarse. Lo público y compartido han perdido valor frente a la privado y excluyente; la competencia gana terreno a la colaboración y la tensión por la igualdad ha sido sobrepasada por la atención que despierta la diferencia, basada en los niveles de consumo y en la imagen pública.

Pero, con ser destacable el rápido cambio operado en el universo simbólico, desde el punto de vista de la izquierda revolucionaria, el acontecimiento sociológico más importante derivado del proceso de modernización económica, es la desaparición de la escena social del sujeto —el obrero colectivo de los grandes centros fabriles— que hubiera tenido que ser el motor y el dirigente de la gran transformación de la sociedad, auspiciada por los programas de la izquierda radical. La volatilización del sujeto revolucionario acerca a la izquierda radical española a la situación de sus homólogas europeas y la coloca, de repente, delante de un montón de problemas teóricos que hasta el momento había podido ignorar. Lo que, con diversas intenciones, se ha llamado crisis del marxismo, se ha presentado casi de golpe para la extrema izquierda, que ha permanecido ajena al proceso de revisión de la filosofía de la praxis iniciado fuera de nuestras fronteras. Así, la conmoción producida en el terreno doctrinal se ha visto agravada por coincidir en el tiempo con el acelerado proceso de restauración del capitalismo en China, la degeneración burocrática de los regímenes cubano y vietnamita —otrora, símbolos de la lucha por la liberación humana—, el estrepitoso derrumbe de los países del «socialismo real» y por una fortísima ofensiva del pensamiento conservador en todo el mundo.

Esta crisis, que afecta tanto a la concepción del marxismo como ciencia —y, sobre todo, como religión laica—, como al marxismo entendido como guía para la acción, puede resumirse en la quiebra de paradigmas en varios ámbitos —social (sujeto revolucionario); político (partido, Estado); teórico (materialismo histórico); filosófico (dialéctica); epistemológico (teoría del reflejo, metodología) y, especialmente, en la pérdida de una doctrina globalizadora, desarrollada a partir de un solo método, aplicada por un solo partido, basada en una sola interpretación del mundo, apoyada en un solo sujeto e impulsada por un solo motor.

Frente a esta unicidad, el espíritu fragmentario e inconexo de la posmodernidad se revela desconcertante, en tanto que, frente a la teoría del conocimiento como reflejo de la realidad objetiva, los avances en el campo de la sociolingüística ponen hoy día el acento en la subjetividad del conocimiento y en las teorías sobre la realidad concebida como una representación construida socialmente. Por lo que se refiere a las organizaciones, hay que decir que, en esta etapa, muchas de ellas no aciertan a explicarse lo que está ocurriendo y desaparecen sin más; otras atraviesan por severos procesos de reflexión interna y unas terceras intentan resistir atrincherándose en el viejo ideario, a la espera de que vengan tiempos mejores que les den la razón. Entre éstas se debe señalar el reagrupamiento de los autodenominados partidos leninistas —Partido Comunista (sector Gallego) y Partido de los Comunistas de Cataluña (PCC), surgidos del PCE y del PSUC respectivamente en 1982 y 1983— que se unen con el PCEU para formar, en 1984, el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE). Dentro ya del campo de los reajustes orgánicos y políticos, la quinta parte del PCC, junto con lo que queda de OCE (BR), que sigue una vieja tradición, se integra en 1989 en el PSUC, partido que desde 1987 está federado con Entesa dels Nacionalistes D'Esquerra (ENE) en Iniciativa per Catalunya (IC). Por otro lado, una fracción del PST se pasa al Partido de Acción Socialista (PASOC), presente en la coalición Izquierda Unida. Otro hecho singular del periodo es la unificación, en 1991, del Movimiento Comunista y de la Liga Comunista Revolucionaria para formar Izquierda Alternativa. Con esta unión organizativa, confluyen dos veteranos partidos revolucionarios que han formado la columna vertebral de los débiles movimientos de resistencia existentes y han defendido una práctica reivindicativa más radical dentro de los grandes sindicatos. Ambas organizaciones, que comparten ciertos rasgos —como alguno de sus orígenes en ETA, la posición resistente y una marcada vocación internacionalista (junto a las reivindicaciones nacionalistas)—, difieren, sin embargo, en el uso que hacen de la cultura común —el marxismo—. Mientras que MC, gracias a su trayectoria más ecléctica, ha podido iniciar un proceso de reflexión teórica y política que parece no tener límite, LCR, vinculada a una interpretación más dogmática del marxismo que, paradójicamente, se ha fortalecido con el derrumbe de los regímenes de Europa del Este, encuentra más dificultades para interrogarse sobre sus señas de identidad.

Aunque el aislamiento de las organizaciones sobrevivientes es grande, sin embargo las tendencias sectarias, tan importantes en otro tiempo, comienzan a corregirse y en algunos casos se empieza a producir un diálogo, antaño inconcebible, entre organizaciones de la izquierda radical y de la izquierda moderada. Cabe añadir que, al contrario de lo que en la segunda etapa de su desarrollo (consolidación, 1970-1975), se señalaban como señas de identidad de la extrema iz-

quierda, en este momento ni el comunismo y ni la revolución parecen ocupar el lugar que antes tuvieron en su ideario.

José M. Roca

5. Conclusiones

Como primera conclusión podríamos decir que la izquierda radical encuentra un clima propicio para su limitado desarrollo (18) en los años finales del franquismo y primeros de la transición. Que su marco de actuación está determinado por la actividad del PCE y su capacidad para movilizar a las clases populares y a sectores de un proletariado concentrado y combativo por demandas inmediatas y por derechos y libertades democráticos, que la extrema izquierda trata de desbordar. El declive del sistema fordista-taylorista en la producción, con la remodelación laboral que comporta y el asentamiento de las instituciones democráticas privan a la extrema izquierda de una base social ya de por sí reducida. Las nuevas relaciones sociales y laborales surgidas tras la recomposición del aparato productivo y las relaciones políticas derivadas de la consolidación del régimen parlamentario, junto con el advenimiento de la crisis teórica del marxismo, han dejado a la extrema izquierda sin lugar y sin referencias. También hay que considerar que, igual que está vinculado a determinadas claves ideológicas y políticas y a la permanencia de ciertas condiciones sociales, el ideario de la izquierda radical obedece al proyecto colectivo de una generación que está destinada inexorablemente a crecer (a envejecer) y, por lo tanto, a cambiar, a la luz de su experiencia, su forma de analizar cómo fue su inserción adulta en la sociedad.

Otro de los factores que han contribuido a la desaparición de muchas de estas organizaciones es la dificultad encontrada para pasar del estadio de sectas políticas al de partidos. Es decir, para pasar de un modelo de asociación basado en la lealtad total de sus miembros, en la dirección de todos los aspectos de la vida de los militantes y en la administración centralizada del trabajo voluntario entregado sin límite de tiempo (la militancia como organización del voluntarismo), a otro tipo de organización basado solamente en la adhesión a un programa político (que se comparte simultáneamente con la lealtad a otras actividades privadas) y en la entrega del trabajo voluntario por tiempo limitado. De la misma manera, los resultados obtenidos después de bastantes años de ensayos para transformar la sociedad en un determinado sentido, ofrecen, ahora sí, un conocimiento extraído de la propia práctica sobre la posibilidad y la profundidad de los cambios que aquélla admite, por encima de la voluntad de los revolucionarios.

(18) Aunque es muy difícil de calcular, no es aventurado apuntar que los militantes de todas las organizaciones de la extrema izquierda no sobrepasaban los 50.000 individuos, aunque eran enormemente activos y multiplicaban, con dedicación, su carencia de efectivos humanos y materiales.

AC: Acción Comunista
AOA: Asociación Obrera Asambleísta
AST: Acción Sindical de Trabajadores (luego ORT)
CCOO: Comisiones Obreras
COC: Círculos Obreros Comunistas (luego OIC)
CNT: Confederación Nacional del Trabajo
CSUT: Confederación de Sindicatos Unitarios
EAS: Euskal Alderdi Sozialista
EGP: Exército Guerrilleiro do Pobo Galego
EHAS: Euskal Herriko Alderdi Sozialista
EMK: Euskadiko Mugimendu Komunistak (MCE, MC)
ENE: Entesa dels Nacionalistes D'Esquerra
ESBA: Euskadiko Sozialisten Batasuna (FLP en Euskadi)
ETA: Euskadi Ta Askatasuna
FECO: Federación de Comunistas
FLP: Frente de Liberación Popular (véase también ESBA y FOC)
FOC: Front Obrer de Catalunya (FLP en Cataluña)
FRAP: Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico
GS: Alemania Socialista
HASI: Herrero Alderdi Sozialista Iraultzailea
HB: Herri Batasuna
HOAC: Hermandad Obrera de Acción Católica
IC: Iniciativa per Catalunya
IO: Información Obreira (luego PCU)
JGR: Joven Guardia Roja (PTE)
JOC: Juventud Obrera Católica
KAS: Koordinadora Abertzale Sozialista
LAB: Langileen Abertzalen Batzordeak
LAIA: Langileen Alderdi Iraultzaile Abertzalea
LC: Liga Comunista
LCR: Liga Comunista Revolucionaria (con MC forma IA)
LdeC: Lucha de Clases (se integra en PCU)
LMRS: Larga Marcha hacia la Revolución Socialista (luego PCU)
LOC: Liga Obrera Comunista
LSR: Liga Socialista Revolucionaria (luego PST)
MCE, MC: Movimiento Comunista de España (luego con LCR, IA)
MLC: Movimiento de Liberación Comunista
OCE (BR): Organización Comunista de España (Bandera Roja)
OIC: Organización de la Izquierda Comunista (luego MC)
OMLE: Organización Marxista Leninista de España (PCE (r))
OPI: Oposición de Izquierda (al PCE) (luego PCEU, PCPE)
ORT: Organización Revolucionaria de Trabajadores
OT: Organización Trotskista (luego PORE)
PCCH: Partido Comunista de China
PCE: Partido Comunista de España
PCE (i): Partido Comunista de España (internacional) (PTE)
PCE (m-l): Partido Comunista de España (marxista-leninista)
PCE (r): Partido Comunista de España (reconstituido) (OMLE)
PCE VIII-IX: Partido Comunista de España VIII-IX Congresos
PCEU: Partido Comunista de España Unificado (luego PCPE)
PCF: Partido Comunista de Francia
PCI: Partido Comunista de Italia
PCOE: Partido Comunista Obrero de España
PCPE: Partido Comunista de los Pueblos de España
PCT: Partido Comunista de los Trabajadores (OPI, PCEU)

PCU: Partido Comunista de la Unión Soviética
PC (UR): Partido Comunista (Unidad Roja) (UML)
PLO: Plataformas de Lucha Obrera
PORE: Partido Obrero Revolucionario de España
POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista
POSI: Partido Obrero Socialista Internacionalista
PSAN: Partit Socialista d'Alliberament Nacional dels Països Catalans
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
PSUC: Partido Socialista Unificado de Cataluña (filial PCE)
PST: Partido Socialista de los Trabajadores (antes LSR)
PTE: Partido de los Trabajadores de España (PTE más ORT)
PTE: Partido del Trabajo de España (antes PCE (i))
PTE-UC: Partido de los Trabajadores-Unidad Comunista
SU: Sindicato Unitario
TLL: Terra Lliure (antes, PSAN (p) (rama provisional))
UCCO: Unión Comunista Comités Obreros (antes Octubre)
UCE: Unificación Comunista de España
UCL: Unión Comunista de Liberación
UGT: Unión General de Trabajadores
UML: Unión de Marxistas Leninistas (Octubre, UCCO)
UPG: Unión do Povo Galego
USO: Unión Sindical Obrera
